

1968: El movimiento estudiantil en la sociedad brasileña

MARIALICE M. FORACCHI

El movimiento estudiantil puede explicarse, en un primer acercamiento, por el origen socioeconómico del estudiante universitario. Su radicalismo político se reviste de un carácter especial cuando se trata de la actuación de las clases medias urbanas en el contexto brasileño y latinoamericano. Estas clases tienden a encaminar un tipo de transformación social, que Daniel Lerner designa como la “revolución de las frustraciones crecientes”.

No se pretende afirmar con esto que la clase media tenga algún papel específico de vanguardia revolucionaria o que sustituya las atribuciones clásicas de un partido obrero en la sociedad latinoamericana. Aunque esta clase, numéricamente firme, está socialmente frustrada en su aspiración a ascender por las vías institucionales (profesionalización a un nivel superior, por ejemplo), se enfrenta a la resistencia de las clases superiores: con esto radicaliza su comportamiento político. Repudia los recursos de movilidad social del sistema actual e impulsa la creación de nuevos canales de movilidad o la ampliación de aquellos que ya existen. El estudiante es, por excelencia, el agente humano de este proceso.

Praxis estudiantil y praxis pequeño-burguesa

El movimiento estudiantil, en la medida en que está circunscrito a luchas reivindicativas o políticas —con el sentido de esta problemática— se constituye como una polarización radical del proyecto pequeño-burgués, cuyas aspiraciones sociales pueden sintetizarse en los siguientes puntos: la necesidad de modernizar el sistema de producción intelectual y de ampliar y diversificar la estructura ocupacional; alterar las condiciones de participación social de la pequeña burguesía, con lo cual resulta menos marginal a las decisiones tomadas en el nivel del poder. En ese proyecto, la clase media ha estado y está impedida por la fuerza social y por las barreras creadas por la oposición de las clases tradicionales, que aún disponen de gran parte del poder sobre la sociedad.

Identificada con un proyecto obrero que sólo artificialmente puede asumir como suyo, ya que no es generoso con la visión pequeño-burguesa de futuro profesional, y en la medida en que es, estructuralmente, incapaz de imponer su proyecto a los demás sectores de la sociedad, la pequeña burguesía se encamina hacia una situación bloqueada de la cual jamás podrá salir. Se sumerge, con eso, en una concepción ideológica abstracta, la cual es responsable de muchas de las ambigüedades que ha presentado el movimiento estudiantil.

La *praxis* estudiantil es, por lo tanto, la expresión radical de la *praxis* pequeño-burguesa. Su relativa impotencia, en cuanto movimiento de masas, resulta básicamente de la confusión entre los límites del proyecto de transformación de la sociedad —contenidos en la lucha por la reforma universitaria— y los intereses, ya sean conscientes o no, de la pequeña burguesía de la sociedad brasileña. Estos límites son trazados por la fuerza de las presiones impuestas por las clases tradicionales y por la debilidad de sus identificaciones con el proletariado urbano.

Política estudiantil y sociedad dependiente

Esta interpretación comprende una fase decisiva del movimiento estudiantil y, al mismo tiempo, un momento significativo en la formación de la pequeña burguesía como clase.¹

En 1964, este esquema sufre profundas alteraciones que imponen la necesidad de situar el problema de la *praxis* estudiantil en nuevos cuadros teóricos. No se trata de discutir la vinculación pequeño-burguesa o de diluir su importancia explicativa ya que ella es un *hecho* que se remonta al origen social del estudiante. Se trata, en realidad, de asumirla teóricamente y de reevaluar su sentido analítico. Este artículo pretende exponer y discutir algunos elementos de esta reevaluación teórica.

Es preciso recordar, en primer lugar, que a partir de 1964 la realidad del capitalismo monopolista se reveló en forma importante en la sociedad brasileña y el *subdesarrollo* pasó a ser caracterizado como una formación histórico-social característica del *capitalismo dependiente*. En segundo lugar, es conveniente no olvidar que el capitalismo dependiente forma un cuadro sociocultural característico, definido por una particular estructura de clases, en la medida en que está influida por la situación de dependencia. La particularidad de esta estructura de clases se comprende por el sentido de las relaciones que las clases desempeñan entre ellas. El capitalismo dependiente engendra un nuevo *patrón* de relación entre clases. En otras palabras: la lucha de clases está parcialmente determinada por factores externos determinados en el área del capitalismo dominante o avanzado.² Las implicaciones de este hecho no pueden ser discutidas

aquí, pero parece evidente que, en esas condiciones, las relaciones entre las clases se hacen más complejas, diluidas, lo cual fuerza una nueva interpretación de la connotación clásica de *lucha* con que antes eran encaradas.

En tercer lugar, la dinámica inherente a las relaciones entre clases, se manifiesta socialmente bajo la forma de *tensiones*.³ La unidad política y social de la clase se desintegra a lo largo de esta situación de tensión, que comprende tanto sectores estratégicos de apoyo o de oposición a la clase media, cuanto a sí misma como tal. No cabe discutir aquí si estamos o no frente a una específica formación histórico-social que se aproxime poco al concepto ortodoxo de clase social. Ateniéndonos a la clase media, a la cual pertenece básicamente el estudiante universitario, consideraremos una formación compuesta que incluye sectores discrepantes⁴ pero que constituye, no obstante, una unidad de coexistencia. Son inevitables e inamovibles las contradicciones que apartan a los sectores emergentes de los residuales de la clase media. Son también intermitentes y fluidas las relaciones de oposición o de compromiso, oposición o conflicto que el estudiante mantiene con el proletario urbano y con la clase dominante. La presencia social y política del sector marginal torna el esquema de relaciones más complicado y conturbado, lo cual implica, momentáneamente, el fortalecimiento de la clase dominante; sin embargo, esto impone la revisión de su orientación política, debido a los problemas sociales y humanos que crea.

En la sociedad dependiente, por consiguiente, la lucha de clases repercute socialmente bajo la forma de tensión intermitente que redefine los límites entre las clases y el tono de sus relaciones; al mismo tiempo, esto promedia a la sociedad como unidad, cuyo *núcleo político* se establece por la actuación de la *clase media dependiente*, provisionalmente enarbolada como factor dinámico del sistema, generador de su inestabilidad política y estimulante del desarrollo dependiente.

El movimiento estudiantil es el producto social y la expresión política de las tensiones latentes, difusas en la sociedad como unidad. Histórica y sociológicamente su tarea es la de absorber y radicalizar tales tensiones en direcciones explosivas pero no irreversibles. "El movimiento universitario, dice un artículo-manifiesto, brota radicalmente de una conciencia situada en un mundo subdesarrollado, como consecuencia de las estructuras capitalistas que, según el movimiento universitario en general, deberán caer para poderse construir una sociedad más humana en el socialismo."⁵

El movimiento estudiantil ha procurado atenerse a estas direcciones generales, socialistas y humanas. Al desarrollar una gran capacidad de organización y de regimentación, se transformó en un movimiento de

masa urbana, capaz de colocar a cien mil personas en la calle, según anunciaron los periódicos, y de “devolver al cuadro político brasileño el poco aliento y vitalidad que ahora tenemos”, en palabras de un periodista.⁶

Es indispensable, sin embargo, analizar algunos aspectos de esta situación, comenzando por constatar el hiato que existe entre la naturaleza socialista de los objetivos (que presupone un mínimo de coherencia en la proposición de la estrategia) y la amplitud de los resultados obtenidos (que impone una incesante revaluación crítica).

El movimiento estudiantil se define a sí mismo como “una oposición incontrolable” por el sistema de poder constituido. Su estilo radical de acción refleja no sólo los conflictos difusos que realmente existen en la sociedad, sino también la tensión en las relaciones entre los sectores emergentes y marginales de la sociedad y el sistema de poder. De manera más limitada, y conforme a lo que fue sugerido arriba, el movimiento estudiantil es un desahogo para las tensiones entre los distintos sectores antagónicos de la clase media dependiente y los sectores más conservadores de las clases dominantes. Esta oposición, que no llega a ser crítica —es decir, negadora del sistema de clases como tal— presenta, no obstante, una polarización externa.* En términos del análisis del movimiento estudiantil esta constatación permite señalar que, en cuanto movimiento de masa urbana, éste se introduce en una situación de conflicto, cuyas determinaciones desafían y neutralizan los recursos existentes de control o de suavización de las tensiones. El movimiento estudiantil representa en la sociedad brasileña, la radicalización del conflicto entre los sectores emergentes de la clase media y los sectores resistentes a la modernización de las clases dominantes.

En la medida en que los estudiantes se vinculan, debido a su origen, al sector emergente de la clase media, el movimiento estudiantil es un componente de la lógica del sistema dependiente aunque se oponga a éste, en bloque, como fuerza de oposición. Es preciso señalar que constituir un componente de la lógica del sistema dependiente, no implica aceptarlo políticamente o ideológicamente. Significa simplemente una condición para refutarlo. La oposición del sistema dependiente, en la forma practicada por el movimiento estudiantil, es una *oposición autorizada*. Ser autorizada, y por lo tanto necesaria, no implica ninguna modalidad de institucionalización, como que la oposición estudiantil que llega a ser violenta, estuviese preparada, reglamentada u orientada por alguna institución especial. Tener, provisionalmente, el carácter de opo-

* Esto no equivale a admitir que solamente la explican factores externos, sino tan sólo que su significado no se formula ni se agota en los límites restringidos de la sociedad dependiente.

sición autorizada corresponde a componer —también provisionalmente y como oposición— la lógica del sistema dependiente. Es en este nivel de racionalidad que debe ser entendida la afirmación, aparentemente inocua y trivial, que el movimiento estudiantil representa una de las únicas (para no decir la única) fuerzas vivas que actúan en la sociedad brasileña actual. En él se revelan las contradicciones entre los sectores emergentes y los dominantes y tal contradicción es *constitutiva* del sistema dependiente.⁷ Por esta razón, se dice que la oposición estudiantil, aunque incontrolable, es creada —cada gobierno crea la oposición estudiantil que le es característica—⁸ y, por lo tanto, ingerente al sistema dependiente, del mismo modo que el fortalecimiento y la radicalización del movimiento obrero son incompatibles con la preservación del sistema dependiente. Según este punto de vista, la vitalidad que el movimiento estudiantil presenta hoy en la América Latina destaca la relativa y característica debilidad del movimiento obrero.⁹ Esta afirmación, sin embargo, no es un obstáculo para la imposibilidad estructural de las articulaciones de carácter estratégico. Por el contrario, este orden llama la atención por las peculiaridades de aquella articulación y, más aún, porque las circunstancias actuales propician la formación de un modo de participación social, basado en una perspectiva de conocimiento de la realidad histórica y social que sólo puede ser elaborada por el estudiante.

La visión estudiantil

El estudiante universitario, en virtud de su origen social-burgués o pequeño-burgués, no está esencialmente comprometido en el proceso de producción, sino que es relativamente marginal a él. Conviene precisar mejor el significado de esta condición de marginalidad parcial. Ser marginal no equivale a no producir; no representa estar fuera del núcleo de las relaciones de producción; significa, por el contrario, usufructuar, como clase y como posibilidad, en el límite de participación, un estilo de vida tenso entre identificaciones y oposiciones ante las distintas clases en conflicto.

En el esquema de esta situación de marginalidad, el movimiento estudiantil representa una forma radical de compromiso. En primer lugar porque corresponde a un momento determinado de crisis de la cultura intelectual burguesa: la agonía de la creación, contenida en un hacer que es, esencialmente, hacerse. “Estudiar, escriben Bourdieu y Passeron en su famoso libro, no es crear una cultura, o —digamos— una cultura nueva, sino crearse, en el mejor de los casos, como creador de cultura. En términos generales, estudiar no es producir sino producirse como capaz de producir.”¹⁰ En este contexto, organizarse políticamente implica

asumirse como poder potencial, al asumir también la condición marginal que desintegra una actuación de clase en una problemática tensa, con clara definición política.

En segundo lugar, porque el callejón sin salida en que se encuentra la clase media y, a través de ella, la misma sociedad dependiente encuentra en el movimiento estudiantil una salida posible. Esta última debe ser, al mismo tiempo, de naturaleza intelectual y política, y debe tener importancia en la creación de un nuevo estilo de *praxis* que sobrepase la contradicción entre lo intelectual y lo político, que la cultura burguesa se obstina en mantener. El movimiento estudiantil es, según esto, fruto de esa obstinación o conflicto en el contexto de un mundo subdesarrollado. De ahí su virulencia y su capacidad potencial de involucrar a otros sectores sociales.

No se piensa aún atribuir al movimiento estudiantil la actuación neutral de una *intelligenza* desvinculada o no comprometida, según la entendió Mannheim. Por el contrario, las marcas del origen social son literalmente visibles en la actuación estudiantil. Lo que se pretende es señalar que en la sociedad dependiente se está creando un estilo singular de participación política realizado por sectores que: 1) no están directamente implicados en el proceso de producción; 2) están centralmente envueltos en las tensiones que definen las relaciones entre las clases; 3) viven una situación de clase directamente moldeada por la dependencia; y 4) por su condición parcialmente marginal, culturalmente provisional, están en condiciones de formar un tipo de acción política radical, negadora del sistema y, como límite, negadora del sistema dependiente.

La acción estudiantil, así concebida, se desarrolla como un esfuerzo para atenuar, colocar entre paréntesis o disipar por completo, el lastre social de su orientación política. En otras palabras, intenta desarrollar un tipo de participación social compatible con su condición provisional de marginalidad, es decir, de sello político aunque conducida fuera de los cuadros políticos instituidos. Éste es el sentido real de la adhesión a las soluciones políticas radicales y a la tutela política del proletariado. “Solamente los trabajadores pueden proponer derribar el poder, y cabe a ellos asumir una posición amplia que posibilite a la clase media a participar en el movimiento y dar su apoyo. Nuestras luchas son siempre limitadas.” Otra posición corriente en el movimiento estudiantil es que “el estudiante sostiene un papel que pertenece a los trabajadores: guiar la transformación de la sociedad brasileña.”¹¹ Aunque pesen las divergencias de sentido táctico y estratégico, ambas posiciones conjugan la acción del estudiante con la del trabajador, no porque de hecho sean socialmente confluyentes, sino porque deberían estar políticamente hermana-

das. En el fondo —con precario apoyo en las condiciones reales y sin incorporar la ambigüedad de su condición transitoria—, ambas reducen las determinaciones sociales a impulsos políticos esenciales. Por decisión política —y esta opción es coherente con la coyuntura social arriba descrita— escamotean su origen social, esbozan sus adhesiones y las refuerzan bajo el peso de las responsabilidades políticas e intelectuales que el momento impone.

En la Universidad se desarrolla por lo general la etapa crucial de la socialización política del joven. La condición de productor potencial de cultura le abre las alternativas del compromiso político. La identificación con objetivos radicales, que están abiertamente en conflicto con el esquema político institucionalizado, pasa entonces a ser el fundamento de la llamada lucha reivindicativa que, durante años, sustentó el movimiento estudiantil.¹²

El movimiento estudiantil deja de pertenecerse en el momento en que pone en duda el compromiso estudiantil, las responsabilidades intelectuales y las tareas universitarias, en términos estrictamente políticos. Es conveniente redefinir aquí el sentido de esa decisión política. Ésta significa esencialmente asumirse como fuente potencial de poder y organizarse como tal. Implica también, como es evidente, aceptar las dificultades y la transitoriedad de esa tarea. Cuando “las luchas de los trabajadores sean más radicales, el movimiento estudiantil podrá también radicalizar las suyas”.¹³ O, según la perspectiva de otra orientación:¹⁴ “El movimiento estudiantil se pierde en la agitación por la agitación, si no incluye el papel del estudiante en el contexto de las luchas de clase, si no ve el papel de una manifestación dentro de una estrategia más amplia, si no se preocupa por la organización para dar consecuencia a los gritos de guerra de los agitadores.”

En términos de actuación, el movimiento estudiantil llega a extrapolar los límites sociales de su clase de origen —o sea, las aspiraciones de ascensión al canalizar y elaborar las tensiones en el ámbito de la Universidad según un criterio de participación que la misma práctica estudiantil ayuda a forjar. Este proceso se inicia en 1967, cuando el movimiento estudiantil brasileño se reorganiza como la única fuerza no institucionalizada de oposición política. En este sentido, apenas está comprometido con reivindicaciones universitarias en la medida en que los factores que lo impulsan abarcan la sociedad dependiente como unidad. A corto plazo, la tarea del movimiento estudiantil, visto en perspectiva sociológica, será la de absorber las tensiones actuales y orientarlas en direcciones que sean socialmente *corrosivas*, es decir constructivas. Pero parece claro que si bien el movimiento estudiantil da expresión a estas tensiones de coyunturas, no las crea. Esta observación es importante por-

que presupone dos características básicas del movimiento estudiantil en cuanto movimiento de masa, las cuales señalan su falta de cohesión interna (cisuras debidas a las “disidencias” ideológicas que se multiplican); de ahí su relativa impotencia transformadora o revolucionaria que resultan de la siguiente: 1) es incapaz de imponer su visión al resto de la sociedad, y 2) no consigue comprometer de modo duradero a las otras clases. Teóricamente esto se explica por ser el movimiento estudiantil la expresión política de las tensiones que caracterizan al sistema dependiente como unidad y no sólo la expresión ideológica de una clase o visión del mundo. Políticamente el hecho se explica porque, como escribe Gorz,¹⁵ “esa lucha evidentemente sólo puede ser socialista y sólo consigue mantenerse como tal; evita así el peligro de un reformismo subalterno y de una acción corporativista, en caso de ser prolongada y conducida por la acción de un movimiento revolucionario y obrero fuerte”. El movimiento estudiantil sólo es, al mismo tiempo, autónomo, incontrolable, impotente. Radicalizándose como y en cuanto oposición estudiantil, se desplaza hacia el núcleo del sistema de poder, cuestionando tan sólo su *forma* política (que es, evidentemente, la manifestación más aparente de este sistema), al convertirla en el objetivo central de la lucha. El movimiento contra la dictadura (M.C.D.) que marcó una época en los medios estudiantiles, ilustra esa etapa, y al mismo tiempo la dimensión de agitación del movimiento estudiantil; más aún, consagra, en la práctica una forma de denuncia y de oposición política que se agota por sus propios medios.

Esta situación, rebasada por los acontecimientos¹⁶ (“fue, una vez más, la agudización de las contradicciones objetivas dentro de la Universidad y la cualidad del movimiento de masas que demostró que toda lucha reivindicatoria se da en un contexto político”), señala un momento del movimiento estudiantil en que éste se integró, por oposición (“las contradicciones objetivas del estudiante con el gobierno”) al sistema de poder, descuidando aquello que más directamente le concierne, o sea, la crisis de la cultura burguesa que gradualmente evoluciona en la Universidad. Esta crisis no es sólo de ámbito nacional, no se resume en una opción, de sobre ya efectuada en el nivel del sistema de poder, entre la Universidad Crítica y la Universidad Empresarial sino refleja la manera por la cual se igualan, en la sociedad dependiente, las tensiones entre las posiciones tradicionales que evolucionan hacia el seudohumanismo de las reformas universitarias que se dicen liberales¹⁷ y los anhelos empresariales que apuntan hacia la modernización y la eficiencia de las instituciones universitarias.

Un documento estudiantil aclara el sentido con que es dirigida la lucha por la reforma universitaria. “1. La Universidad debe liberarse del

dominio de la clase dominante, tanto cuanto sea posible ahora, para ser dirigida y orientada por los estudiantes y profesores que la componen. 2. La Universidad debe dirigirse hacia su constitución como centro de crítica permanente de la sociedad, tal como está ahora establecida, y de sí misma, ya que es de la misma naturaleza del Saber poner a prueba el conocimiento existente. 3. La Universidad, en el curso de su misión científica —crear ciencias y técnicas originales, además de formar profesionales y pensadores— debe estar básicamente orientada hacia la perspectiva de las mayorías, o sea, orientada hacia los intereses de toda la población brasileña y, en especial, hacia los intereses de los trabajadores de la ciudad y del campo. 4. La Universidad, en resumen, debe definir una política científica de enseñanza y de investigación, vinculada a las exigencias colectivas del desarrollo económico y social.”¹⁸ La tarea urgente de la Universidad, enfocada desde el ángulo de la eficiencia institucional, se define en los siguientes términos: “El gran error de la iniciativa de planeación y de la asistencia técnica en los últimos veinte años ha sido el de suponer que el problema del subdesarrollo económico y social puede ser atacado unilateralmente, por medio de la inversión de capital, construcción de fábricas e incremento general de los medios de producción. Sin el desarrollo paralelo de una preparación adecuada de los recursos humanos en la misma comunidad, todos los esfuerzos mencionados resultarán truncados, y muchas veces, totalmente inútiles.”¹⁹

Estas dos alternativas reflejan posiciones en disputa que, en la práctica, serán neutralizadas en un *compromiso cultural* en el cual algunos adelantos en materia de reforma universitaria serán realizadas, otras negociadas y lo esencial continuará por hacerse. El movimiento estudiantil ya afrontó antes situaciones análogas en las cuales, incluso como oposición, fue neutralizado por el sistema de poder; además, no logró fortalecerse como organización de masas, ni llegó a fortalecer a los demás sectores emergentes en la vida política.²⁰

Esto ocurre porque el movimiento estudiantil tiene una característica muchas veces señalada, pero poco comprendida: irrumpe por “vuelos rápidos”, en un ritmo de ascenso y descenso que torna sus objetivos discutibles en los ojos de la opinión pública. Tales oscilaciones no reproducen una dinámica interna del movimiento estudiantil, lo cual comprueba su debilidad aunque sí reflejan una característica de la sociedad en la cual éste se incluye y de la cual constituye la expresión única de vitalidad política. El ritmo de ascenso y descenso que se considera propio del movimiento estudiantil, no es sino el ritmo de las tensiones a lo largo de las cuales éste se forma. Por eso, no se trata aquí de una característica que surge de la misma condición transitoria de estudiante,

sino de la peculiaridad del contexto en el cual éste se incluye, que sufre, a su vez, los efectos de la dependencia.

La potencia del movimiento estudiantil, en esos términos, no debe medirse por su capacidad de movilización permanente, que es intermitente y está sujeta a un desgaste rápido, sino por su capacidad de regimentación que, aunque es momentánea y parcial, con frecuencia supera el significado que se le atribuye. Para comprenderlo es preciso distinguir dos aspectos esenciales que constituyen los focos en torno de los cuales se organiza la lucha estudiantil y que se dice directamente con respecto al estudiante como agente humano de un proyecto de transformación de la realidad. En el ámbito que se podría llamar de “iniciativa privada” y de “carrera lucrativa”, las aspiraciones estudiantiles convergen tanto hacia la necesidad de ampliación y de diversificación de la estructura ocupacional —para incorporar los nuevos contingentes que anualmente disputan posiciones en el mercado de trabajo—, como hacia una nueva conciencia del sentido de la formación cultural.* Además, ésta presupone una definición de tareas para la Universidad que, básicamente, es la crítica a la formación burguesa y a sus subproductos: el provincialismo intelectual en un extremo y la actitud de subordinación colonial en el otro. Esta modalidad de conciencia crítica de la formación universitaria impregna aquello que llamamos *visión estudiantil* y que aparece en las discusiones y proyectos de reforma universitarios. En el plano de la sociedad dependiente, esta actitud deja al descubierto lo que, significativamente, podemos designar como *vacío institucional*.

La visión estudiantil contiene en su límite, una conciencia de la situación de dependencia aunque no pueda, como ya fue señalado, imponerse como unidad coherente sobre el resto de la sociedad. Además, el hecho de no ser directamente marginal a la sociedad ¿no incapacitaría al estudiante para desarrollar una comprensión especial de la situación de dependencia? En realidad, la condición de estudiante no crea, por sí sola, un obstáculo insuperable, dado que si él estuviese definitivamente ligado al sistema de relaciones de producción, las bases de su actuación práctica estarían parcialmente modificadas por las relaciones del sistema de producción dependiente del capitalismo monopolista o central. Esto impondría formas complejas, arduas, intermitentes, posibles pero difíciles para una oposición. Pero justamente porque no lo está, aprehende como estudiante, en los distintos niveles de su actuación, las implicaciones culturales y políticas de la dependencia cultural y esa aprehensión lo

* Es indispensable advertir al lector que este artículo es el resultado de un análisis de documentos relativos al movimiento estudiantil, tal como se desarrolla, en las instituciones que se orientan predominantemente hacia la formación cultural y científica de nivel superior. No incluye las llamadas facultades profesionales.

conduce a formas particulares aunque no necesariamente abiertas a la lucha. El estilo característico de lucha del movimiento estudiantil se encuentra en la fusión de la lucha reivindicativa con la lucha política. Como el sistema dependiente es —al mismo tiempo— un sistema político y cultural, cuestionar la dependencia suscita una forma especial de presión que transforma asuntos de cultura en problemas políticos y viceversa. Éste es un recurso movilizado para enfrentar el peligro que representa la elevación general de los conocimientos para quienes propugnan por la universidad empresarial. El objetivo de esos sectores es formar profesionales que inmediatamente puedan ser utilizados en la producción. Convertir la lucha por la reforma universitaria en una lucha política es una manera de tratar de impedir que eso ocurra. Es, en último análisis, luchar por la cultura contra la dependencia.

En el plano de la sociedad dependiente, el efecto de una política educativa impulsada por la necesidad de aumentar el número de profesionales aunque condenada a impedir investigaciones de cuño intelectual que conduzcan al individuo a poner a prueba el mundo, el orden político y social, las diversas ideologías, es el de formar profesionales que en los cuadros del sistema dependiente, mantengan la relación de dependencia cultural. Los estudiantes se rebelan, en general, contra esto, y con base en esa premisa ejercen su tarea de movilización.

El movimiento estudiantil se ha mantenido alerta ante ese estado de cosas. Sin embargo —es éste el momento de preguntarse hasta qué punto propone o puede proponer transformaciones estructurales y culturales incompatibles con mantener el capitalismo dependiente. No hay modo de hacerse ilusiones con el movimiento estudiantil: sabe que la plena consecución de sus objetivos, incluso en relación a la Universidad, sólo será posible con la transformación de la sociedad. Pero también comprende que para constituirse como fuerza auxiliar del proceso revolucionario, deberá permanecer, por algún tiempo, como fuerza única. A esto lo obliga su condición especial de polarizador de las tensiones que se desencadenan en el núcleo del sistema dependiente.

Noviembre de 1968.

¹ V. Marialice M. Foracchi, *O Estudante e a transformação da sociedades brasileira*. São Paulo, Cía. Editora Nacional, 1965.

² Esta formulación es, al mismo tiempo, una sistematización y un desarrollo de las nociones centrales del ensayo de Florestan Fernandes, publicado en *Sociedade de classes e subdesenvolvimento*, Zahar Editores, Rio de Janeiro, 1968.

³ Cf. Análisis de Jorge Graciarena en *Poder y clases sociales en el desarrollo de América Latina*, Ed. Paidós, Bs.As., cap. v.

⁴ Cf. Graciarena, *op. cit.*, *loc. cit.*

⁵ Cf. S. Chiroque, "Movimiento estudiantil latinoamericano: ambivalencia continua" en la revista *Vozes*, Sept. 1968, p. 789.

⁶ Cf. F. Pedreira, "Basta o marechal" en *O Estado de São Paulo*, 22 de septiembre de 1968.

⁷ Cf. Está implícito en el análisis de Graciarena. Cf., *op. cit.*

⁸ La ley Suplicy de Lacerda del 9 de noviembre de 1964 destruía la autonomía y la representatividad del movimiento estudiantil, substituyendo la UNE por la Dirección Nacional de los Estudiantes y las Uniones Estatales por las Direcciones Estatales. El Ministerio de Educación pasó a controlar las manifestaciones estudiantiles, compartiendo con la Dirección Nacional el derecho de convocación de estudiantes. La DNE fue eliminada en febrero, de 1967 y la ley suplicy revocada con el Decreto-Ley 288 conocido como Ley Suplicy-Aragao. En el gobierno Costa y Silva, la tónica del movimiento estudiantil es la lucha contra los Acuerdos MEC-USAID.

⁹ Ver a propósito el artículo de Enzo Faletto "Industrialização e Classe Operária na América Latina" en Leoncio M. Rodriguez (org.), *Sindicalismo e Sociedade*, pp. 287-337, São Paulo, 1968.

¹⁰ Cf. P. Bourdieu y J. C., *Passeron los estudiantes y la cultura*. Trad. de M.T. López Pardina, Barcelona, Nueva Colección Labor, 1967.

¹¹ "Seis candidatos e duas posições na luta pela UNE" en *Folha de São Paulo*, 29 de septiembre de 1968.

¹² Cf. Artur José Poerner, *O. Poder Jovem: História da participação política dos estudantes brasileiros*, Río de Janeiro, Editora Civilização Brasileira, 1968.

¹³ La palabra de Vladimir: entrevista del líder estudiantil Vladimir Palmeira en la revista *Veja*, núms. 4-2, octubre de 1968.

¹⁴ Cf. "Movimiento Estudiantil: seu caminho é seguir a Vanguarda Operaria" en *Política Operária*, núm. 19, agosto de 1968.

¹⁵ Cf. Gorz. *Le socialisme difficile* Ed. du Seuil, Paris, 1967; cap. 11, p. 54.

¹⁶ "Eleições para o Gremio: 1968 - Universidade Crítica", São Paulo, 1968 (doc. mimeogr.).

¹⁷ V. para una evaluación crítica, Florestan Fernandes, *A Reforma Universitária e uma revolução Cultural*, ponencia presentada ante la Comissão Parlamentar de Inquérito da Câmara dos Deputados sobre la enseñanza superior; publ. del Centro Académico Visconde de Cairu — Faculdade de Ciências Economicas, USP, 1968.

¹⁸ Cf. documento mimeografiado: "A Universidade Crítica", subsidios para el congreso de la UNE, São Paulo, 1968.

¹⁹ Informe Atcon — copia de la publicación editada por el Ministério da Educação e Cultura del Prof. Rodolph P. Atcon con el título: "Uma reformulação Estrutural da Universidade Brasileira", copia mimeografiada por la Fac. de Filosofia de la USP, fl. 15.

²⁰ Esta afirmación puede ser ilustrada por el análisis de Poerner, *op. cit.*: "La política de represión estudiantil que sucedió al golpe militar debe, pues, ser entendida como parte de un vasto plano de compromiso de las resistencias a la desnacionalización de la enseñanza y a la preparación de la opinión pública para la digestión del crimen, despistándola, al pretender identificar a "los subversivos" con la lucha por la integración de la enseñanza de los intereses nacionales". Cf. p. 248.